

Las fronteras de la información: notas desde la semiótica de la cultura

Jorge Lozano

1. LA INFORMACIÓN (MÁS ATENTOS AL MODO DE DEFINICIÓN QUE AL MODO DE PRODUCCIÓN)

Es ya aceptado que la información, durante el siglo XX, se estableció como valor hegemónico, dando pie a epítetos como los de “sociedad de la información”, “sociedad digital”, etc., y que abrió paso a términos como “inteligencia colectiva”, “inteligencia conectiva” y, por supuesto, “ciberespacio”, con sus respectivos atributos. Aquel extravagante profeta, denostado por la Academia

y hoy recuperado más en sus exploraciones que en sus explicaciones,¹ Marshall McLuhan vaticinó:

Situando nuestros cuerpos físicos en el centro de nuestros sistemas nerviosos ampliados con la ayuda de los medios electrónicos, iniciamos una dinámica por la cual todas las categorías anteriores, que son meras extensiones de nuestro cuerpo, incluidas las ciudades, podrán traducirse en sistemas de información. (...) En la era eléctrica nos vemos a nosotros cada vez más traducidos en términos de información

Muchos años más tarde, François Lyotard (1979), en su *rapport* para la Universidad de Québec titulado *La condition postmoderne*, pronosticaba que en el futuro sólo serían aceptadas las investigaciones que pudieran ser traducibles en términos de información.

El origen del moderno concepto “información” está, como se sabe, en el término “entropía”, cuya raíz etimológica es *topé*, que sugiere “transformación”, y tiene su nacimiento en el desarrollo del segundo principio de la termodinámica.² Pero no sería hasta 1855 cuando Clausius conforma una base científica del concepto de entropía.

-
1. Él mismo afirmó: “soy más un *explorer* que un *explaner*”. En ¿Quién teme a Marshall McLuhan?, *Claves de Razón Práctica*, n. 109, enero-febrero 2001, p. 51-5.
 2. Aunque fuera Rudolf Clausius quien acuñara la función de la entropía, ya la obra de Sadi Carnot *Réflexions sur la puissance motrice du feu et sur les machines propres à développer cette puissance* (1824) puede ser considerada la génesis del segundo principio de la termodinámica, en el que la entropía es vista como “la irreversible tendencia al desorden de un sistema dado” (Prigogine).

Erwin Schrödinger, en sus famosas conferencias *What Is Life?* en el Trinity College de Dublín en 1944, afirmaba respecto a la entropía que:

En primer lugar debo subrayar que no se trata de un concepto vago o de una idea, sino de una cantidad tan mensurable como la longitud de un palo, la temperatura en cualquier lugar del cuerpo, el calor de fusión de un determinado cristal o el calor específico de cualquier sustancia dada. A una temperatura de cero absoluto (aproximadamente -273°C), la entropía es igual a cero.

Boltzmann, a finales del XIX, comenzó a sugerir que la entropía no es la propiedad absoluta de un cuerpo —como el peso o la composición— sino que debe ser asociada a la información que podemos obtener acerca de él, introduciendo *la probabilidad* y *el número de modos*, que se calcula con el logaritmo. Si la entropía se mide por unidades de calor divididas por temperatura, el logaritmo es un número puro, por lo que se hace necesario incluir una constante de probabilidad, con lo que se llegaría a la siguiente definición: la entropía es el logaritmo del número de modos multiplicado por una constante (*constante de Boltzmann*), con las unidades apropiadas.

Posteriormente Max Planck expresaría matemáticamente la entropía con la siguiente fórmula: $S=K \log W$, donde S está por entropía, para evitar que se confundiera con energía; K está por constante —*konstant*, en alemán—; y W está por probabilidad —*Wahrscheinlichket*, también en alemán—, que hace alusión al número de modos, *way* en inglés, que en español aparecerá traducido en la fórmula con P de probabilidad.

En este paradigma, en 1948 Claude Elwood Shannon, trabajando como ingeniero de la Bell Telephone en New Jersey, e Warren Weaver construyeron la teoría matemática de la comunicación, modo de formalizar la teoría de la información. Utilizando la fórmula de Boltzmann para elaborar el algoritmo de la información, que daba cuenta de su transmisión y que permitió cuantificar ésta en *bits* (*Binary Units*) con la fórmula $H=K \log W$, donde H significa información, sustituyendo así entropía por información.

La semejanza de la definición de información de Shannon (el logaritmo del número de los posibles mensajes) con la de la entropía de Boltzmann (el logaritmo del número de los modos de disponer un sistema atómico) no es casual, dado que Boltzmann sugirió que la entropía mide las informaciones que *faltan en un sistema*.³

Gregory Bateson (1972), en un texto fundamental para la teoría de la información y recordando el famoso *dictum* de Alfred Korzybski *el mapa no es el territorio*, se pregunta qué aspectos del territorio pasan al mapa, respondiendo: “lo que pasa al mapa es de hecho la diferencia. Trátese la diferencia de la vegetación, en la estructura de la población o en la superficie”. La información es una diferencia que hace diferencia.

3. Hans Christian von Baeyer (2005), *Informazione. Linguaggio della scienza*. Jorge Lozano (2006) *Información: la diferencia que hace diferencia. En recuerdo de Ludwig Boltzmann (1844-1906)*.

Siempre en esos años aparece *Cybernetics* de Norbert Wiener y la teoría de la información fue invadiendo la física, la biología, pero también las ciencias humanas, convirtiéndose, según Michel Serres (1974), en una especie de *koiné* científica del lenguaje común.⁴

En un artículo publicado en 1956 y titulado *The Bandwagon*, el propio Shannon atendía al hecho de la enorme publicidad que el concepto de información había recibido en poco tiempo:

La teoría de la información ha devenido en estos últimos años parte de una *bandwagon* científica. Habiendo surgido como instrumento técnico para la ingeniería de la comunicación, ha recibido una dosis extraordinaria de publicidad en la prensa, sea popular que científica. En parte, ello ha sido debido a su vínculo con sectores en boga como el de las máquinas calculadoras, de la cibernética y de la automoción; en parte a la novedad de los argumentos tratados. Como consecuencia, su importancia ha sido henchida más allá de sus adquisiciones efectivas.

De igual forma el matemático René Thom, en su importante texto *De la morfogénesis a la estructura* (1974), nos habla también del éxito estrepitoso cosechado por la teoría de la información en torno a los años 50. Según el parecer de Thom, cuando una teoría es solicitada por una necesidad social, se impone siempre, aunque no exista ningún preciso soporte teórico o práctico para fundarla. Pone el ejemplo de la medicina,

4. El propio Serres recuerda que la teoría de la información nació de la intersección de la tecnología (la de las comunicaciones eléctricas: el telégrafo de Chappe, el telégrafo eléctrico de Morse, etc.) y de la termodinámica.

ya que ésta siempre ha formulado teorías (*diagnosis*) y terapias incluso en aquellos periodos en los que no tenía ninguna base científica.

En el caso de la información debemos preguntarnos cómo el concepto ha concurrido en tan diferentes ramas del conocimiento, desde la física hasta la biología pasando por las ciencias humanas, siendo igualmente un eje fundamental para algunas teorías dentro de esas disciplinas. El propio Shannon, padre fundador de la teoría, advertía de los límites a los que ésta podía ser aplicada. Y observaba algunos peligros al respecto, sin eliminar por contra su potencial uso en otras disciplinas:

La teoría de la información no es ciertamente una panacea para el ingeniero de la comunicación o, *a fortiori*, para cualquier otro. Sólo a grandes rasgos puede desvelar contemporáneamente hacia un número limitado de secretos de la naturaleza. Será demasiado fácil que la actual prosperidad, en algún modo artificial, se desmorone en el tiempo de una noche, cuando se podrá descubrir que el uso de pocas palabras como información, entropía, redundancia, no resuelve por sí mismo todos los problemas.

En este sentido, el propio Thom (*ibidem*) definía la información como el lado oscuro de la causalidad, afirmando:

Generalmente apenas se ha aclarado un elemento de una cadena causal muy larga, de la cual se conocen sólo poquísimas articulaciones, nos prestamos a afirmar que la articulación causal puesta en evidencia representa aquella esencial, mientras el resto es deducible de ella, se resume con el vocablo general de información.

Thom distingue, pues, tres usos principales del término información:

- a) el uso en sentido técnico y estrictamente científico, tal y como es utilizado en la teoría de la información de Shannon y Weaver;
- b) el uso común o vernacular, que no difiere en modo fundamental del aristotélico, según el cual una información es algo que sirve para dar una forma, es decir, hacer precipitar al receptor en un nuevo estado;
- c) el uso en biología, o más concretamente en la biología molecular: la información de toda especie está almacenada en su ADN.

Siendo esencialmente física, la teoría de la información nos permite describir los vínculos de la naturaleza estadística que regulan, en un proceso de transmisión de mensajes, la correspondencia morfológica entre ambos lados del canal y del mensaje recibido. Por esto mismo Warren Weaver, en la introducción a la obra de Shannon, nos recuerda que la teoría de la información es totalmente independiente de la semántica: el significado le es extraño.

En esta línea Thom (*ibidem*) recuerda que el uso del término en sentido técnico ha tenido la desastrosa consecuencia de hacer creer que se puede cuantificar la información de cualquier mensaje. La naturaleza ontológica de la información para Thom es una localización; de hecho en un cierto sentido todo es una forma de localiza-

ción. Thom (1977) llega a proponer sustituir información por forma: “la información es esencialmente una complejidad topológica”, nos dice.

Esta *koiné* tan útil y fecunda, que ha permitido, por ejemplo, redefinir lo social, establecer el código genético, descubrir el código enigma, etc., dejó de lado, como consta en sus prolegómenos, el significado al ceñirse exclusivamente a la transmisión de señales y símbolos, lo que para los ingenieros de la comunicación era información. De ahí que la mayor preocupación en el modelo lineal de transmisión se centraba en el canal y en el riesgo de ruido que les llevó a construir todo un teorema. Roman Jakobson, que descubrió en Estados Unidos al padre de la semiótica Charles Sanders Peirce y a Shannon y Weaver, vio en la teoría matemática de la comunicación una fecundidad heurística, máxime para un fonólogo que veía en ese esquema el modo de calcular la probabilidad de, por ejemplo, la aparición de un fonema. Sin embargo, no podía aceptar la pérdida de vista del lenguaje o, lo que es lo mismo, del significado y del sentido.

En su famoso texto *Lingüística y teoría de la comunicación* (1960), donde cita a Shannon, Weaver, Wiener, McKay y Collin Cherry, Jakobson expresa su convencimiento de un diálogo proficua entre la teoría de la comunicación y la lingüística estructural, si bien siempre advirtió que “los intentos de construir un modelo del lenguaje sin relación alguna con el hablante o con el oyente, hipostasiando un código aislado de la comunicación

efectiva, corren el riesgo de reducir el lenguaje a una cuestión escolástica”.

Si el ruido, como disfunción o como anomia, impedía la transmisión de información para los ingenieros de la comunicación, para la semiótica el ruido es capaz de producir sentido, otro sentido o un nuevo sentido. Así fue cómo se empezó a ver —y quizá sea el signo de nuestros tiempos— que las teorías científicas que analizan la circulación de los mensajes enriquecieron nuestro conocimiento sobre las formas de transmisión, conservación y acumulación de la información pero no añadían nada al conocimiento sobre cómo nacían nuevos mensajes en la cadena que va del emisor al destinatario, tal como ha probado Yuri M. Lotman (1979).

El texto de la comunicación se deforma en el proceso de descodificación efectuado por un destinatario que, lejos de caracterizarse por una percepción pasiva, está dotado de competencia comunicativa e interaccional. Emisor y destinatario no son meros polos, semánticamente neutros, de un *continuum* de información sino, si se quiere decirlo así, sujetos competentes o, según la terminología de Halliday, *meaners*, término que sugiere su capacidad de interactuar y significar. En este sentido convendría concebir la comunicación más como transformación que como simple transferencia o transmisión de información.

Caso de poder producirse razonablemente la —o una— comunicación, en vez de sancionarla en función

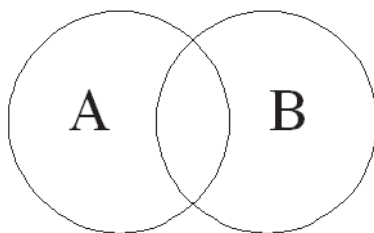
de la coincidencia, puesta en común a comunidad de códigos, lo pertinente sería referirse, como hace Lotman, a la existencia de una memoria común. De aquí el principio del semiólogo ruso: “el texto *selecciona* al público a su imagen y semejanza”.

2. LA INFORMACIÓN COMO TEXTO DE CULTURA

Fue acaso de la mano de Kolmogorov, que podíamos definir como el *analogon* de Shannon en la URSS y que fue capaz de medir la entropía del lenguaje y de pergeñar un teorema sobre el azar, cómo Yuri M. Lotman y Boris Uspensky, co-fundadores de la semiótica de la cultura que germinase en la Escuela de Tartu, definieron en su momento la cultura como la memoria no hereditaria de una colectividad. No es casual que desde los orígenes informacionalistas hasta el desarrollo ulterior de la semiótica de la cultura, se haya ido produciendo una transformación de la cultura como transformación a la cultura como memoria. Y una memoria que también inicialmente fue concebida en términos cibernéticos.

El problema del modelo de la comunicación de Jakobson es que ésta sólo puede tener lugar cuando tanto emisor como destinatario comparten códigos comunes. La transmisión de información dentro de una “estructura sin memoria” garantiza realmente un grado alto de identidad. Según Lotman, si representamos el emisor y el destinatario dotados de códigos iguales y totalmente privados de memoria, entonces la comprensión entre ellos

será perfecta, pero el valor de la información transmitida será mínimo y la información misma rigurosamente limitada. Para Lotman el ideal de una información de este tipo se da en la transmisión de órdenes. En cambio, en la comunicación humana normal y en el funcionamiento de la lengua, se debe partir del presupuesto de una no identidad de base entre hablante y oyente. En estas condiciones resulta normal una situación de intersección del espacio lingüístico del hablante y del oyente, que Lotman representa como sigue:



En situación de no intersección, la comunicación se presupone imposible, mientras que una total identidad de A y B la vuelven carente de contenido. Así, mientras se admite una determinada intersección de estos espacios, se admite también la intersección de dos tendencias contradictorias: la aspiración de facilitar la comprensión, que constantemente llevará a ampliar el campo de intersección, y la aspiración de acrecentar el valor del mensaje, que se haya unida a la tendencia a ampliar las diferencias entre A y B.

Considero importantísima la propuesta de Lotman de introducir el concepto de “tensión”, de una cierta resistencia de fuerzas que los espacios A y B oponen el uno al otro. Visto de esta forma, la comunicación se establece a partir de una zona de intersección entre dos interlocutores, entre las lenguas de los dos interlocutores, entre dos espacios semióticos, que Lotman llamará semiosfera.

Con este diagrama, que introduce topológicamente la intersección, la propia comunicación deviene traducción, sea en el sentido de *traslatio* sea en el sentido de intersección de dos lenguas diferentes. Así, pues, el problema de la traducción se propone como eje fundamental de la investigación precisamente porque en esa conversión de un lenguaje a otro podemos extraer la generación o eventual pérdida de significados. Según el funcionamiento del cerebro, nos dice Lotman, la traducción entre el hemisferio analógico y el hemisferio discreto es constante. Lo podemos comprobar analizando los palíndromos.

La relación entre ambos hemisferios cerebrales puede observarse en ciertos descubrimientos neurológicos. Lotman cita uno muy ilustrativo. Dependiendo del carácter discreto o analógico de una lengua natural, sus hablantes percibirán la escritura activando el hemisferio izquierdo o el derecho respectivamente. Por ejemplo, la lengua ideogramática china, de carácter analógico, determina que para su lectura el hemisferio derecho se active. Sin embargo, en ciertos estudios sobre el palíndromo —también presente, por ejemplo, en chino— se ha

confirmado que el lector activa el hemisferio contrario a la *normal* lectura. Es decir, se pasa de observar una escritura discreta, como en el caso del castellano, a observar un dibujo con un eje central que sería la letra no repetida, colocada justo en el centro.

No es de extrañar que el valor cultural que se le ha dado tradicionalmente al palíndromo sea siempre de naturaleza diabólica, como el tan citado *Signa te, signa, temere me tangis et angis / Roma tibi subito motibus ibit amor*, dado siempre su oposición al *correcto* funcionamiento de una cultura dada.

Desmontando la equivalencia entre lengua/habla = código/mensaje, Lotman considera que el código es en realidad “una estructura creada, artificial, e introducida con un acuerdo instantáneo” y, por ende, como “modelo ideal del lenguaje en general”, no puede sustituir al término “lengua” de forma inocua: la lengua es el código más la historia, es decir, los cambios que los textos producen en la lengua. Sirva como ejemplo el siguiente caso:

Así, por ejemplo, el mensaje definible como “ley” se distingue de la descripción de cierto caso criminal por el hecho de que pertenece a la vez al lenguaje natural y al jurídico, constituyendo en el primer caso una cadena de signos con diversos significados, y en el segundo, cierto signo complejo con un único significado. (Lotman, 1975, p. 78.)

Al considerar la cultura como una memoria de la colectividad, Lotman observaba tres modos posibles de dar un contenido:

- a) aumento cuantitativo del volumen del conocimiento: las células del sistema jerárquico cultural se alimentan por medio de diferentes textos;
- b) redistribución dentro de la estructura de las células, que provoca un cambio de la memoria colectiva (*hecho memorizable*) y, por tanto, también de las características de lo que será memorizado *a posteriori*, es decir, nos hallamos ante una continua reorganización del sistema codificante, que “aún manteniéndose él mismo en la propia autoconciencia y aún pensándose como ininterrumpido, reordena constantemente los códigos particulares”;
- c) olvido, es decir, el efecto mismo que produce la selección de determinados hechos, o cadenas de hechos: todo aquello que no sea seleccionado, no sólo será olvidado, sino que será declarado inexistente.

Ya que la selección, por definición, debe realizarse según una serie de normas semióticas de una cultura dada, no debemos identificar los textos con los hechos, sino más bien observar en dicha selección la cristalización de esas normas, el material que nos permitirá la reconstrucción de una cultura.

Partiendo del principio de homeomorfismo e isomorfismo —*identidad morfológica*— entre texto y cultura propuesto por la semiótica de la cultura, el texto es siempre observado no ya sólo como la cristalización de las

normas propias de una cultura dada, sino como la manifestación del mecanismo de traducción compartido por toda una misma semiosfera. El concepto de semiosfera, deudor del de biosfera introducido por Vladimir Vernadskij (1863-1945), se define efectivamente como el espacio fuera del cual es imposible la sémiosis y que comparte mecanismos de selección y generación de textos.

La semiótica de la cultura habla de cultura, por tanto, en cuanto mecanismo que crea un conjunto de textos y de textos en cuanta realización de la cultura. La memoria, en este sentido, no es un almacén donde se acumula información, sino que se construye, se modifica. Su contenido funciona según la metáfora de las células citada más arriba, con tres mecanismos diferentes, por tanto: aumento cuantitativo, redistribución de los elementos que la componen y olvido. Así se explica mejor el hecho de que Lotman y Uspensky concibieran la cultura como memoria *no hereditaria*.

Ahora bien, la memoria individual —como también la memoria de toda colectividad— funciona gracias a la existencia de otra cultura. La relación entre ellas se establece de forma análoga a la que mantienen los dos hemisferios del cerebro o la de dos interlocutores durante un diálogo.

Si ciertas *media studies* hablan de *convergence culture* (Jenkins) o de *remediation* (Bolter y Grusin), por ejemplo, en el que coexisten y convergen nuevos y viejos medios, diferentes lenguajes, hipertextos, etc., la propuesta

de la semiótica de la cultura, a mi parecer, aborda de un modo más sensato y drástico esta nueva situación, cuando propone la traducción intersemiótica, que inicialmente era la traducción entre sistemas semióticos diferentes. Anunciando así que en el caso de que dos sistemas lingüísticos, dos sistemas de signos, fueren inicialmente intraducibles, inconmensurables o, incluso, difícilmente comparables, esta misma sanción puede ser la reserva de traducciones ulteriores.

Por decirlo brevemente, el problema principal en nuestra actual sociedad de la información no reside tanto en la transmisión de información, en la mundialización de la información, cuanto en la significación, o mejor aún, en el sentido, que como sabemos culturalmente puede cambiar de *sentido*.

Un caso reciente, analizado por Umberto Eco en su discurso de investidura como Doctor Honoris Causa por la Universidad de Sevilla, dice del *World Wide Web* que es en realidad una lista indefinida de fenómenos, definiciones y descripciones. Es, como dice Eco, un índice no categórico, es decir, no organizado. Pero en su aparente caos, manifestado en el concepto de *data base*, existe una estructura, un único mecanismo de traducción. En su multiplicidad de mensajes y de lenguajes (archivos sonoros, texto escrito, imágenes, etc.) se esconde una memoria laberíntica. Dicho de otro modo, el sentido se produciría en introducir una buena traducción a la infor-

mación que dispone de un código con memoria. Sentido obtenido, pues, por traducción.

3. FRONTERAS DE LA INFORMACIÓN

Más arriba nos hemos referido a la semiosfera, definida como aquel espacio semiótico fuera del cual no es posible la semiosis. El concepto, como también dijimos, encuentra analogía en el de biosfera según lo enunciara Vernadskij. La biosfera, como se sabe, es la zona de la corteza terrestre que se encuentra en la superficie de nuestro planeta y que acoge todo el conjunto de la materia viviente. Dicho con las palabras del propio Vernadskij, “es una región de la corteza terrestre que, ocupada por transformadores que cambian las radiaciones cósmicas en energía terrestre activa, eléctrica, química, térmica, etc.” Y de modo sorprendente, también la define como “un mecanismo de transformación y traducción”.

Silvano Tagliagambe, que en 1997 había escrito *Epistemología del confine*, en su reciente obra *El espacio intermedio: red, individuo y comunidad* (2009), refiriéndose de la mano de Vernadskij al análisis de los organismos en término de cuerpos animales bioinertes, organismos que modifican continuamente la naturaleza física de las señales que llegan a su interior, dice:

No estamos (...) en presencia de algo que pueda ser descrito en términos de transferencia de información de un emisor (el ambiente) a un destinatario (el organismo que vive en él) y concebido como el tránsito de una señal que se mantiene inalterable en este recorrido. Estamos en cambio frente a continuos proce-

sos de transformación, asimilables a verdaderas operaciones de traducción de un idioma (el del mundo externo) a otro (aquél de un sistema viviente particular que actúa en el ámbito de éste). (Tagliagambe, 2009, p. 22-3.)

Precisamente en esa línea se centraron las últimas investigaciones de Lotman, es decir, en la traducción de lo intraducible. Los confines de la semiosfera es el espacio no semiótico, es decir, el espacio en el que la semiosis no es posible. Aquí Lotman recurre a las matemáticas, y más concretamente a la topología, para definir la frontera: conjunta de puntos que pertenecen al mismo tiempo al espacio interno y externo.

La frontera se concibe, pues, como el mecanismo bilingüe que traduce las comunicaciones externas en el lenguaje interno de la semiosfera y viceversa. Sólo de esta manera la semiosfera puede realizar contactos e intercambios con el espacio extrasistémico o no semiótico.

Si, como dijimos, el siglo XX fue el de la información, podemos afirmar también que el siglo XXI es el de la traducción: cada vez más nos enfrentamos a la hibridación de lenguajes. De la colisión de sistemas lingüísticos surgen nuevos sistemas. La labor de la semiótica de la cultura es la descripción de las estructuras de estos sistemas, permitiéndonos descubrir que detrás de la vieja fachada de uno de los sistemas se esconde en realidad algo completamente nuevo. La traducción es, en este sentido, la manifestación de esas colisiones. Un ejemplo claro de esto mismo, citado por Lotman, que evidencia además la generación de nuevos sentidos a partir de toda

traducción, es el de una hipotética doble traducción: desconociendo el término original traducido, nunca se llega exactamente al término de partida.

Desde el mismo informacionalismo, ya se había sostenido que el receptor debe reconstruir el mensaje recibido, por lo que la incompreensión, la comprensión incompleta, etc., no son productos laterales del intercambio debidos al ruido —irrupción del desorden, de la entropía, de la desorganización en la esfera de la estructura de la información— en el canal de la comunicación, y, por tanto, algo no inherente a la comunicación, sino que, por el contrario, corresponden a su esencia real. Consideraciones estas ilustradas en la obra de Lotman con numerosos ejemplos que sirven de advertencia a la hora de enfrentarse al análisis de los textos. Así, en el marco de la cultura medieval serán diferentes las normas ideales del comportamiento del caballero y del monje.

Una peculiaridad de los textos (culturales) es su movilidad semántica: el mismo texto puede proporcionar a sus distintos “consumidores” una información diferente. Sirva aquí también el ejemplo que nos da Lotman: el lector moderno de un texto sagrado del Medioevo descifra la semántica reuniendo códigos diferentes de los usados por el creador del texto. Además, cambia igualmente el tipo de texto: en el sistema de su creador pertenecía a los textos sagrados, mientras que en el sistema del lector pertenece a los artísticos.

Como dice Lotman, el texto fija unos confines que trasladados a la cultura establecen una oposición, que puede considerarse un universal cultural, “nosotros/ellos” en la que se encuentran correlatos topológicos como “dentro/fuera”, “interno/externo”, etc. Pensemos, como ejemplo de oposición “nosotros/ellos”, en la que oponía culturalmente los griegos a los bárbaros que vivían “fuera” de la *polis*. La etimología de bárbaro (gr.: *barbaros*, lat.: *barbarus*) viene de *bar-bar*, “balbucear”, que, por mor de la onomatopeya, sugiere incompreensión.

En la realidad, dice Lotman, encontramos siempre la presencia del *otro*: otro hombre —exterior al sistema y no a él—, otra estructura, otro mundo. La función de este otro es inmensa y consiste justamente en el hecho de colocarse fuera de todas las funciones y de irrumpir perturbadoramente en el “mundo habitual”. Toda cultura crea su propio sistema de “marginales”, de desechados, aquellos que no se inscriben en su interior y que una descripción sistemática y rigurosa excluye. Para Lotman, la irrupción en el sistema de lo que es extrasistemático constituye una de las fuentes fundamentales de transformación de un modelo estático en uno dinámico.

Lo llamemos de semioesfera, estamos inmersos en un espacio semiótico del que, como nos recuerda constantemente Lotman, somos parte inseparable: “Separar al hombre del espacio de las lenguas, de los signos, de los símbolos es tan imposible como arrancarle la piel que lo cubre.” En tal espacio la personalidad humana es al mis-

mo tiempo isomorfa respecto al universo de la cultura y parte de este universo. Como en el modelo de la comunicación propuesto por la semiótica de la cultura, la cultura necesita de la existencia de *otras culturas* con las que se modifican constantemente mediante intercambios que se rigen bajo el principio de traducción.

Es por ello natural que concibamos la información en el sentido aristotélico, es decir, el de dar forma, sin excluir de nuestro análisis el ruido, ese elemento perturbador de todo modelo ideal físico o matemático y, sin embargo, tan fundamental para el estudio del sentido y de la generación de nuevos textos. La cultura, a fin de cuentas, es comprendida como un texto de estructura compleja, dentro de la cual hallamos textos dentro de textos, colisionando y modificándose entre sí. En las *fronteras* de la información comienza la comunicación; también en las *fronteras* de la semiosfera comienza el desarrollo mismo de la cultura.

Sociedad de la información, sociedad del conocimiento, red, wikipedia, comunidades *on line* —definidas estas últimas por Bruce Sterling, escritor *cyberpunk*, como “islas en la red, lugares tridimensionales que se abren en la red telemática”—, *file sharing*, *free software*, *blogs*, *social networks*, *p2p*, etc. Todas estas manifestaciones retoman los viejísimos problemas internos a la comunicación, que van desde el establecimiento de comunidades hasta el lugar de intercambio o manifestaciones del don (como algún gracioso ha dicho, *hemos pasado de*

Mauss a mouse). Ahora bien, lo que sigue pendiente es aquella advertencia del gran Merleau-Ponty: “estamos condenados al sentido”.

BIBLIOGRAFÍA

- BAEYER, H. C. von (2005). *Informazione. Il nuovo linguaggio della scienza*. Bari, Dedalo.
- JENKINS, H. (2008). *Convergente culture*. Barcelona, Paidós.
- LOTMAN, Y. M. y Escuela de Tartu (1979). *Semiótica de la cultura*. Madrid, Cátedra.
- LYOTARD, F. (1979). *La condition postmoderne*. París, ed. Minuit.
- LOZANO, J. (2005). “¿Quién teme a Marshall McLuhan?”. En *Claves de la Razón Práctica*, n. 109, enero-febrero 2001, p. 51-5.
- (2006). “Información: la diferencia que hace diferencia. En recuerdo de Ludwig Boltzmann (1844-1906)”. En *Revista de Occidente*, n. 296, p. 119-25.
- SCHRÖDINGER, E. (1992). *What Is Life?* Londres, Cambridge University Press.
- TAGLIAGAMBE, S. (2009). *El espacio intermedio: red, individuo y comunidad*. Madrid, Fragua.